

---

# PARA UNA DE(S)CONSTRUCCIÓN DEL CONCEPTO DE CULTURA

Marco Millán  
Universidad del Claustro de Sor Juana

Las líneas siguientes sólo pretenden ser algunos trazos reflexivos en torno al concepto de Cultura, en general, y a las Ciencias de la Cultura, en particular. Me he propuesto avanzar hacia ello a través de la estrategia de la de(s)construcción, lo cual significa que no hay estrategia preconcebida más allá de la que de manera natural se deriva de los propios conceptos en cuestión. Así es que intentaré mostrar por qué no es posible entender cabalmente el concepto de “cultura”, si no se comprenden los rasgos más distintivos de la Ciencia Moderna (es decir, aquella que florece en Europa entre los siglos XVI y XVII), Y mostrar que, incluso, el que se les denomine, a los estudios sobre la Cultura, “Ciencias de la Cultura”, entraña de antemano una filiación a la Ciencia pocas veces explorada en sus justas dimensiones.

Para alcanzar los trazos mencionados propongo, en un primer recorrido (parte A), reconstruir los rasgos más distintivos de la Ciencia Moderna; en un segundo momento (parte B), intentaré señalar los problemas a los que nos enfrenta el ver a la “cultura” desde una perspectiva “científica”; en un último recorrido (parte C), defenderé la idea de que el concepto de “cultura” ha servido al desarraigo del hombre en la Tierra y a la pérdida de la *Physis*, y por ello al desvío del pensar, si bien todo ello en nombre de la Ciencia y técnica modernas.

## Parte A

Para reconstruir la historia de los patrones de explicación científica que, desde el siglo XVII, marcan la ruta del saber occidental, no bastarían unas líneas, así

que en vez de esa desmedida pretensión, sólo indicaré los rasgos más destacados que valdría la pena tener en cuenta para la comprensión cabal de lo que se quiere indicar en esta ponencia. Veamos.

*La idea de Ciencia Moderna:* La experimentación sistematizada, el uso de patrones matemáticos para la explicación y la investigación como empresa, son tres rasgos inequívocos del proceder científico moderno. Ya desde Copérnico, Galileo y Kepler (sólo por referir tres nombres conocidos) la búsqueda de leyes, provenientes de la exactitud de las matemáticas, marcaban el camino a seguir por el desarrollo científico-técnico posterior. El conocimiento se convirtió en investigación y la investigación creó la demanda de experimentación. Dicha experimentación iba muy pronto a llevar a los hombres de ciencia a querer sistematizar el conocimiento en un método que sirviera como un patrón de aseguramiento de la obtención “objetiva” de datos que ratificaran una ley o que permitieran plantear una hipótesis. De allí nacerá una larga cadena de patrones de explicación, formulados como teoría del conocimiento, epistemología o filosofía de la ciencia. Pero la categoría que por excelencia aparecerá y se irá discretamente imponiendo hasta nuestros días, es la de *Sujeto*. Un sujeto que metodológica y sistemáticamente intentará, a veces con éxito, otras con dudoso éxito y otra más francamente errando, controlar y determinar a un *Objeto*. Objeto cuya entidad solía y suele ser la naturaleza, objeto en tanto naturaleza que parecía revelarnos sus misterios, objeto natural de la explicación científica, objeto donde se asentará el saber occidental, objeto de la objetividad científica, objetividad científica secular y valorativamente neutra y, finalmente, objeto como objeto humano y, al cabo, estudio de las culturas humanas como objeto. Indicios, todos ellos que hacen pensar en la gestación de las Ciencias Humanas. De las Ciencias Humanas se irá hacia las ciencias y Filosofía de la Cultura y de éstas a los estudios sistemáticos de las Ciencias de la Cultura, con matices de una particular y occidentalizada científicidad.

*La técnica moderna:* La técnica (*téchne*) como producción de instrumentos, de artefactos, y el modo de conocer (*episteme*) y transmitir el saber técnico, han sido actividades propias del hombre. La técnica entendida en su sentido esencial como un producir (*poiesis*) desde la reunión de las causas (Aristóteles), es un destino del hombre. Sin embargo, la técnica moderna se ha alejado, arrogante, de su esencia. La técnica moderna, auspiciada por la Ciencia Moderna,

ha hecho de la naturaleza un escenario de destrucción. Lo que significa que nuestro destino se ha vuelto peligroso. Hoy la técnica, más que nunca, sirve a intereses no necesariamente humanos. Si el hombre ha convivido con la técnica como destino inevitable, no por ello habría que pensar en un desarrollo lineal de perfeccionamiento, sino más bien en que gracias a la experimentación del sujeto de la ciencia, la técnica —particularmente desde el siglo XVII— también ha sido consecuente con un modo particular de ver al mundo como objeto y en contribuir a que su objetualidad se dispare hacia el perfeccionamiento instrumental con carácter de excluyente. Piénsese en el afán de instrumentalizar, valga la redundancia, las técnicas de investigación. No podemos renunciar a la técnica, pero no podemos dejar de cuestionar el papel protagónico que ha cobrado por encima del saber humano. La técnica sin saber, ha conducido a la especialización y analfabetismo funcional desmedidos.

En el caso de los estudios sobre la cultura es por demás evidente su vínculo a los artefactos y a los diversos modos de operar esos artefactos. Por ejemplo, los estudios de la comunicación —en el siglo XX— surgieron de la preocupación por medir los efectos que provocaban en quienes recibían los mensajes de los medios eléctricos. Sumándose a aquellos la popularización, desde 1928, del tristemente célebre esquema “básico” de la comunicación, donde a partir de la telefonía, particularmente de los ingenieros de la Bell Systems, se volvieron parte de la “investigación científica” los términos de emisor-mensaje-receptor. El empleo de dichos términos sólo viene a mostrar uno de los rasgos esenciales de la subordinación contemporánea del hombre a los instrumentos: los conceptos y usos instrumentales dan cuenta de asuntos humanos. La técnica es compañera del hombre y no es necesario renunciar a ella, pero sí es necesario tomar distancia crítica al hecho de que la técnica decida por el hombre. Lo que queremos decir en este punto, con la mayor claridad posible, es que la Ciencia Moderna conforma el quehacer de la técnica moderna y conforma, también, el sentido que en el fondo guardan los conceptos “básicos” de la comunicación. De ahí se puede sostener que el concepto de Emisor se subsume al de Sujeto de la ciencia y el de Receptor al de Objeto. Todo ello para favorecer discursos pretendidamente científicos sobre la comunicación, que de lo único que dan cuenta es de su falta de atención teórica sobre el hecho de que

sus pilares discursivos responden a prejuicios positivistas sobre la ciencia, la cultura y el humanismo.

*El arte como estética de lo individual:* En la modernidad el arte se convierte en objeto que proyecta las vivencias de un sujeto. El arte expresa el sentir, el percibir, el idear y el ideal de los sujetos (nótese que esta frase contiene elementos favoritos de los *clisés* todavía vigentes sobre el arte). El arte se vuelve fenómeno de la individualidad, aunque plasme lo colectivo. El arte entendido y producido desde el Sujeto se deja llevar, como en una huida natural, a los confines de las subjetividades. El arte representa al ente, se vuelve representación e imagen de un sujeto antropocéntrico. Piénsese en la ruta que va del impresionismo al *pop art* y piénsese en las teorías de la simulación (Baudrillard), donde se explica porqué el objeto se vuelve autónomo con respecto a las subjetividades y donde se puede deducir el porqué el arte es más bien *idea* del arte. Nietzsche había sentenciado que lo que caracterizaba al siglo XIX era el triunfo del Método sobre la ciencia, creo que lo mismo podría decirse sobre el arte: lo que lo caracteriza es el triunfo de la idea sobre la obra. Ello no es ajeno a las categorías científicas de Sujeto-Objeto. Tampoco es ajeno a innumerables manifestaciones de la “cultura”, a sus manifestaciones “subjetivas” o a sus investigaciones “objetivas”, así como tampoco es del todo ajeno al uso “artístico” de las nuevas tecnologías de la comunicación, donde se hace evidente que incluso la idea de arte es incapaz de rebasar los afanes de individualismo artístico que sólo les interesa “expresarse” sin más: ¿sin más y ya?

*El obrar del hombre como cultura:* ¿Desde cuándo el obrar humano se entiende como un hecho cultural? Fuera de respuestas simples como aquellas que indican que los hechos humanos son culturales desde que el hombre es hombre, o de aquellas otras que al describir actividades diversas intentan dar con la inocente afirmación de que “todo es cultura”. El hombre moderno afirma la validez de los estudios culturales desde su propia afirmación como sujeto que “investiga”, como sujeto que se provee de “métodos objetivos” para el análisis y para la intervención institucional en forma de “políticas culturales”. Sólo la pre-ocupación por “otras” culturas creó la investigación etnológica, antropológica e histórica, con sus respectivas reacciones: crítica al etnocentrismo, crítica al antropocentrismo, crítica al historicismo europeizante (la descripción típica de las etapas de la historia, es la descripción de etapas europeas). Y para

decirlo claro: sólo desde este ángulo se desarrollaron las “Ciencias Humanas” y, al paso, las Ciencias de la Cultura. Términos no ajenos a éstos lo son: “cultura de masas”, “cultura massmediática”, “multiculturalismo”, “culturas híbridas”, “sociedades posculturales”. Ciertamente que hay ¿una? “cultura” donde los medios —el ojo/lente de una cámara— juegan un papel sustancial e inevitable. Por ejemplo en el hecho de que hoy tenemos transmisiones en vivo y en directo de lugares lejanos y ajenos a nuestra identidad que provocan —a decir de Vattimo— efectos de identidad y de diferenciación liberadora intercultural. No debe olvidarse, sin embargo, que la preocupación antropológica fue posterior al colonialismo y neocolonialismo; es decir, que primero fue la conquista y colonización de culturas y después los estudios antropológicos sobre esas culturas, un encuentro y desencuentro de mundos como suele decirse. Aún hoy esas conquistas culturales imponen intervenciones culturales massmediáticas que implican tiempos, espacios y encuadres. Creo que no podemos soslayar el hecho de que sólo podemos revisar a fondo las ideas sobre la comunicación intercultural massmediática, si revisamos el concepto de cultura que, a su vez, se asienta sobre la racionalidad científica moderna.

*Libertad religiosa:* No debe entenderse a la ligera que el paso de la edad media europea a la edad moderna, significó que la ciencia derrumbó los dogmas de la religión en aras de la formulación de leyes científicas y, que de la noche a la mañana, la “oscuridad medieval” quedó atrás con el advenimiento del conocimiento científico. Nada de eso fue ni es, todavía, del todo cierto. El arte renacentista y barroco son ejemplo de ello, pero la más clara muestra está en los hombres de ciencia que, desde Newton a Einstein, saben que a lo que más pueden aspirar es a explicar los “efectos” de los fenómenos de la naturaleza, pero que las “causas” que los originan siguen permaneciendo en el misterio. Todo ello determinó más que el fin de la religiosidad, el comienzo de una nueva forma de asumirla, esa nueva forma será la experiencia individual del sujeto para vivirla desde la “libertad de culto”, libertad como autodeterminación —sin inquisición de por medio— del sujeto. La individualidad religiosa fue una herencia de la concepción científica moderna, lo que significa que pasamos de la obligación colectiva, mediada por una institución, a la libertad individual de culto con otras formas de intervención institucional. Los rituales religiosos institucionalizados se dirigieron a la individualidad del Sujeto; las

transmisiones de dichos rituales hoy ocurren en la televisión sin mayor inquisición que la del control remoto en nuestras manos.

## **Parte B**

Una vez hecho el recorrido anterior, donde se destacó el papel que juega el binomio conceptual científico de Sujeto-Objeto en la concepción moderna del mundo, ahora deseamos plantear algunos problemas específicos que, desde esa plataforma, nos llevan a pensar en una respuesta provisional a la convocatoria del día de hoy: ¿Por qué Ciencias de la Cultura?

Un profesional de las Ciencias de la Cultura no sólo se dedica a observar, registrar, explicar o interpretar los múltiples aspectos de las diversidades culturales, ya sean presentes o pasadas, sino a una diseñada intervención en estas diversidades culturales, a través de la transmisión, programa o proyecto, de políticas de comunicación públicas o privadas (sin excluir que a veces se parte de la crítica de las propuestas existentes o en vigencia para terminar proponiendo otra sin muchas variantes). Ahora bien, en la conducción que guía esas intervenciones se pretende una intervención que refleje estudios previos de cualidades tecno-científicas. Y aquí viene a colación toda la parte anteriormente referida. Misma a la que me atengo para plantear otro problema: el de la ética. Y deseo aclarar que no estoy pensando en una ética que disfraza secularmente cánones religiosos morales. A la ciencia, aparte de lo ya dicho, se le suele caracterizar como una empresa *valorativamente neutra*, es decir, que desde su pretensión de objetividad metodológica no emite juicios de valor, sino juicios de verdad. En cambio, el diseño de políticas culturales, implica un buen número de situaciones en las que la ciencia “valorativamente neutra” sencillamente no aparece, pongamos por caso, desde los diversos modos de registrar datos hasta modalidades de convivencia —intervención en ceremonias, relaciones sexuales, ayudas humanitarias de proyección religiosa, etcétera— que habrán de quedar registradas en cintas o video. No hay que olvidar que las labores de gestión cultural, financiamientos, fideicomisos, etcétera, suelen ser acciones poco o nada científicas. (Desde luego nuestro enfoque se sitúa bajo la duda ya anticipada de que la ciencia sea lo que se dice que es).

El conocimiento científico hace tiempo que dejó atrás el positivismo a ultranza que intentó trasladar un supuesto “método” de validez universal proveniente de las Ciencias Naturales hacia las llamadas Ciencias Humanas o sociales, para situarse en el camino de hermenéuticas y heurísticas, que tampoco resuelven su pertenencia a la tradición (Gadamer) o que no se deciden por un programa fuerte en el sentido de una defensa metafísica que dé cuenta de las causas que la experimentación científica no puede explicar. Así que, al referirnos al conocimiento científico en virtud de las “Ciencias de la Cultura”, damos por descontado que exista un método científico para los estudios sobre la cultura, en la medida en que tampoco lo hay para la biología, la física o la química. Entonces, ¿qué le da el carácter científico a los estudios sobre la cultura?

En la Filosofía de la Ciencia pospositivista es ya un lugar común señalar que no hay observaciones de fenómenos que no estén, ya siempre, precedidas por una carga teórica; lo que significa, en otras palabras, que al no haber hechos objetivos tampoco hay observaciones objetivas, ni intervenciones objetivas en una realidad que se supone, también, objetiva. Si pensamos ésto en relación a los estudios sobre la cultura, podríamos afirmar que tampoco aquí hay elementos para pensar en que las políticas, gestorías o francas intromisiones de la telemática, que se llevan a cabo entre culturas o individuos, están exentas de cargas teóricas que las preceden y que anticipan el camino de su intervención. Y aquí es donde se deja sentir la necesidad de un planteamiento de carácter ético y donde aparece, aún sin quererlo, el fantasma categorial de la Ciencia Moderna. Para pensar en lo que significan las “Ciencias de la Cultura”, aún habría que profundizar en el sentido de lo indicado líneas arriba en relación a la ciencia y los estudios culturales modernos.

Si se pretende alcanzar una identidad epistémica en la formación de científicos de la cultura que además actúen éticamente, habría que detenerse muy seriamente en la meditación sobre el estatuto de científicidad al que se suscriben los estudios sobre la cultura en sus variadas gamas y tonalidades, sin descuidar las implicaciones éticas y los criterios de validez a los que apuntarán las tomas de decisiones concretas. Quizá la ciencia y sus categorías no sean la mejor garantía del desarrollo integral de los estudios sobre la cultura, así como tampoco son —aunque por otras razones— estructuralismos fiados a la divi-

sión naturaleza-cultura (Levi Strauss), ni funcionalismos que sólo perciben relaciones semánticas del lenguaje en el contenido de los mensajes.

## Parte C

El binomio conceptual naturaleza-cultura merece una especial atención. Se suele afirmar que las culturas nacen por una suerte de relación armónica entre el cultivo, la simbolización como forma de comunicación primigenia, la ritualización y la transformación de lo que la tierra da de suyo. Una cultura se funda en el arraigo a un suelo natal que brindará múltiples y variados frutos que conducirán a forjar los elementos propios de una identidad colectiva: un pueblo, una nación, una civilización. Pero cuidado con los optimismos propios de las definiciones, porque hablar así, sin meditar, sería pasar por alto las particularidades de la edad moderna que ya arriba caracterizamos: no podemos hablar en términos de “cultura”, más que desde nuestra autocomprensión como sujetos dados a la explicación científica, idea ajena, por ejemplo, a los pensadores griegos y aún medievales y, desde luego, ajena a pueblos no europeos y tampoco modernos. Señalamos aquí, de nuevo, que sólo hay etnologías, antropologías o estudios culturales, desde un sujeto logofocéntrico, eurocéntrico, porque precisamente sólo un sujeto científico-logo-fono-falo-eurocéntrico, pudo desarrollar estudios etnocéntricos, antropocéntricos y culturales. Para este sujeto la naturaleza se convirtió en objeto de estudios y los otros sujetos de las “otras culturas” —no eurocéntricas— se convirtieron también en objetos de estudio, tanto como en objetivos de una lente, si bien estando de por medio el colonialismo precisamente de rasgos culturales que establecía hegemonías. Cabría preguntarse si la colonización no acarrió una suerte de compasión (otros pueden llamado eufemísticamente interés o curiosidad) que derivó en estudios culturales de carácter científico, porque lo científico era política y civilizadamente más correcto que las intervenciones brutales del colonialismo. En todo caso hay razones para sospechar que las “otras culturas” se convierten en objeto de estudio de un sujeto que confía en la empresa científica, en el más claro sentido falogocéntrico y donde se suscita una inconmensurabilidad cultural.

Volviendo al binomio naturaleza-cultura, resulta notorio que la empresa científica que perfeccionó su arsenal técnico y tecnológico, como modos de aplicación de sus presupuestos conceptuales, y que colaboró tan arduamente en la revolución industrial y en el nacimiento de las modernas sociedades industriales, se avocó hacia el comienzo imparable de la destrucción ecológica. La cultura eurocéntrica industrial —y más evidente aún en la sociedad-mundo de la información— orillaría a la destrucción de la naturaleza, sin que a esto haya sido ajena la imagen que del mundo construyó la racionalidad científica-mecanicista. Y no es que necesariamente todo proyecto de intervención cultural se suscriba a estas tendencias, pero sí creo que de manera general es lo que ocurre desde el siglo XVII y lo que origina las Ciencias Humanas desde el XIX.

Naturaleza-Cultura no es un binomio conceptual cualquiera, debe atenderse como se requiere, sobre todo hoy, en el auge de las discusiones interculturales de la virtual globalización telemática, sin pasar por alto el papel relevante de la ciencia en dichos procesos, que comienzan a cristalizar en los des-cubrimientos genéricos y sus antecedentes políticos de laboratorio. Aquí es donde la de(s)construcción deja ver la necesidad de sus análisis y su cercanía a las reflexiones éticas de la “ciencia posnormal”.

La ciencia como actividad creadora de conocimiento debe aprender a sacudirse los molestos parásitos de la metodología rígida, sin renunciar a la fortaleza disciplinaria; a los afanes de objetividades valorativamente neutras, sin renunciar a una ética dialógica de carácter racional; a no seguir siendo depositaria de confianzas a-críticas de las disciplinas que solicitan su nombre para legitimarse.

Los estudios sobre la cultura ganarían mucho en cuestionar de fondo sus ideas sobre la ciencia y desconfiar de la idea de que el “Método” *otorga, per se*, la validez al conocimiento generado por actividades con pretensiones de objetividad. Creo que los estudios sobre la cultura deben comenzar por interrogar sus propios supuestos culturales, su horizonte de sentido en relación a sus prejuicios contextuales y a su emergencia conceptual en la historia occidental. La generación de esas actitudes desde luego que proviene del propio discurso europeo, pero usado contra sí mismo para que muestre sus límites conceptuales y de acción. Recuperar la *Physis* significa replantear el papel de las categorías de

Sujeto-Objeto y quizá olvidarlas sin olvidarnos de nosotros mismos. Recuperar la *Physis* (naturaleza) implica recordar que el hombre es el contemplado por el ente.